

LIBROS CRÍTICAS



Los Beatles llegan al aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York, en 1964. CBS / GETTY IMAGES

EPISTOLARIO

Un futuro de máquinas, sexo y estómago

La extensa correspondencia entre el poeta Jorge Guillén y el historiador Américo Castro retrató, desde el exilio, un mundo que cambió radicalmente durante la posguerra

POR JUAN CARLOS CONDE

Que epistolarios, dietarios y diarios pueden ofrecer valiosísima información sobre la personalidad y las ideas de escritores, intelectuales y artistas es una verdad irrefutable. Lo es igualmente que Jorge Guillén y Américo Castro son dos de los grandes nombres de la cultura española del siglo XX, cada uno en su campo de actividad, y ambos con la circunstancia común compartida de pertenecer a esa tercera España que hubo de poner pies en polvorosa al estallar la Guerra Civil. El presente volumen, fragmento del ambicioso proyecto que albergó Claudio Guillén de editar íntegro el epistolario de su padre, ilumina significativamente la trayectoria y las ideas de estas dos grandes figuras, y ofrece una interesante visión de hechos, personas y obras presentes en sus vidas. Y, por añadidura, estas cartas están excelentemente escritas, y comunican talento y pasión intelectuales a mansalva.

El lector se verá recompensado copiosamente: vislumbrará una amistad tendida a lo largo de décadas, con sombras tutelares como la de Pedro Salinas, y verá tejerse las relaciones cuasifamiliares entre ambos protagonistas, gracias al matrimonio de Teresa, la hija de Guillén, con Stephen Gilman, dilecto alumno de Castro (y qué bien muestran estas cartas cuánto hizo este por su carrera académica), o a la excelente relación de don Américo con Claudio Guillén, a quien llevó a Princeton. Hay mucho más, claro, que la crónica menuda de las relaciones personales —tan importante, por otro lado, para entender las vidas de los desterrados—: conocemos también las incógnitas y las expectativas angustiadas ante la pérdida de una España liberal e ilustrada vista desde el exilio norteamericano —Castro se nacionalizó en 1944; Guillén nunca quiso—, materialmente satisfactorio, pero humanamente insuficiente. Escribe el poeta en la memorable carta 110 (diciembre de 1953): “¡Plenitud!

los dos nos encontramos ya en lo que llaman los *sixties*; los dos vivimos fuera de nuestra patria. Sólo allí habría llegado nuestra vida social a su desarrollo pleno (...). Sí, una larga emigración implica en este sentido —el social— cierta frustración”. Frustración, dice Guillén, desde la añoranza de una España “que añoramos porque era posible”, y desde la ambivalencia de sentimientos hacia el nuevo país de acogida —como emigrados, no como emigrantes, diferencia nada baladí—, donde hacerse una nueva vida (“¿Quién no ha aprendido aquí más de una lección, desde el fregar los platos con gusto hasta el llegar a las citas con puntualidad?”) metamorfoseada en existencia norteamericana (“Anto, mi nieto, es mucho más americano él solo que Einstein y Thomas Mann juntos”). Sí, la conclusión es inescapable: “Alguna consecuencia se derivará de tanto *tomato juice* en que hemos comulgado”. La respuesta de Castro, anuente en parte, es desgarradora.

Esta correspondencia consigna el desarrollo de las obras respectivas y anota los honores y premios recibidos —y en el caso de Castro, sus jupiterinas polémicas—. Allega también este libro el diálogo sincero y profundo sobre la poesía de Guillén, a la que Castro dispensó atención desde siempre (la rememoración de una sobremesa de lectura y comentario de poemas de *Cántico* en la casa de Castro en la calle de Oquendo de Madrid aparece como *leitmotiv* de una vida perdida y añorada en varias de estas cartas), como muestran las cartas 53 y 55-57; o el profundo intercambio de ideas acerca de la formidable revisión crítica de la historia española emprendida por Castro a partir de su *España en su historia* (1948), maduramente glosada por un Guillén que se complace en comunicar a su corresponsal los juicios favorables de amigos y colegas (así el propio Salinas, cartas 70, 72), y explicada por un Castro —véase la densa y elocuente carta 79— a quien, casi literalmente, le va la vida en ello.

Son muchos años, y hacia el final de ellos nuestros longevos protagonis-

tas perciben —con lucidez casi profética— que el mundo que conocieron se les va escapando de entre los dedos. Escribe Castro a Guillén (9-2-1964): “Camina toda la humanidad hacia un futuro de máquinas, sexo, estómago y desquiciamiento. Oigo ahora en la radio un concierto de Boston —música en que se desintegran el manicomio y el pandemónium. Ayer llegaron a New York los bailarines y musicantes de Londres, los Beatles, un grupo de *beatniks*. Fueron seguidos por entusiastas aullidos de una horda de *teen-agers* que la policía no pudo contener. Con ello concuerda la discordante sinfonía de Chipre, y lo de Guantánamo y lo de Vietnam. Cualquiera día este planeta va a ponerse a girar del revés” (carta 164). Esa misma carta contiene una alusión metaepistolar que hace sonreír al lector. Escribió Castro, orgulloso del acervo epistolar reunido a lo largo de los años (pese al expolio sufrido cuando el 36): “De Ud. tengo mucho y bueno (a lo mejor dentro de mucho se publica el *carteggio*)”. El momento llegó, en efecto, y al lector le corresponde ahora apreciar lo en verdad mucho y bueno que este volumen nos ofrece acerca de las ideas y andanzas de dos españoles eminentes.

Precede a la edición de las cartas, no libre de errores, una introducción de bajo vuelo —que se torna ínfimo cuando va lastrada por la inane farfallea teórica a la que el autor se acoge en busca de una legitimación académica ni necesaria ni requerida—. La anotación que las acompaña traquetea entre la inanidad y la reiteración, sazónada con tal cual error de bulto (notas 30, 114, 155, 437, 898, 1170, entre otras). Pero eso es lo de menos: son las cartas, con el latido de vida que aún transmiten, las que recompensarán con creces a sus lectores.

Correspondencia (1924-1972)

Jorge Guillén y Américo Castro

Edición de Manuel J. Villalba

Ediciones Universidad de Valladolid, 2018
419 páginas. 25 euros

DIARIOS

Algo que cruje

POR ANNA CABALLÉ

El aire vibra tan fácilmente con el estallido de un trueno como con el chillido de una rata —anota Emerson en su *Diario*—, y es que los días invitan lo mismo a la indolencia que a la heroicidad. “Un día, sigue Emerson, es un abismo de recursos, pero mudo y vacío”. En efecto, los días se ofrecen al ser humano abiertos a enormes posibilidades. Llevar un diario es una de ellas. De alguna manera, el diarista se dice: “Heme aquí, en mi elemento”, y con su análisis los días se impregnan de una determinada coloración. La publicación del primer volumen del *Diario*, inédito hasta ahora, del poeta malagueño José María Souvirón (1904-1973) se ubica en el apasionante proceso de recuperación de escritos autobiográficos que cruza la cultura española de las últimas décadas. Por suerte para todos. Y se dice en el prólogo que el conjunto es de 12 cuadernos de los que ahora se publican los tres primeros, irregularmente editados por Javier La Beira y Daniel Ramos. El proyecto es publicarlos en su totalidad. Es difícil valorar una escritura que solo conocemos muy parcialmente. Por ejemplo, en la publicidad del *Diario* los editores han subrayado el carácter “peligroso” que su publicación tuvo en el pasado por las referencias indiscretas sobre la vida cultural durante el franquismo, razón por la que permaneció inédito. Leídas ahora no lo parecen, al menos a juzgar por estos primeros cuadernos, donde sí hay una escritura franca, pero especialmente volcada en los estados de ánimo del propio poeta. Aunque decir poeta es decir poco, porque Souvirón fue novelista (a día de hoy totalmente olvidado) y gestor cultural a través de su labor en el Instituto de Cultura Hispánica. Los tres primeros cuadernos comprenden desde septiembre de 1955 hasta julio de 1958, un periodo importante en su vida. Souvirón había llegado en 1953 a su ciudad natal huyendo de una etapa dolorosa a la que se refiere como su “gran cataclismo”: la separación de su mujer chilena, Olivia Ros-Price, después de un periodo muy traumático, dejando en Chile a sus dos hijos. Vivía allí desde 1932 y la separación conyugal debió de producirse en torno a 1941. Dejó su cargo de profesor de literatura en la Universidad Católica de Santiago y su labor como editor de ZigZag para regresar a España, enfermo (gota y una necrosis coronaria) y desubicado. La desubicación será una nota constante en quien ha pasado media vida fuera de España y vuelve a ella con la conciencia de haber vivido mucho. En Madrid recupera la relación con algunos poetas del 27 que le acogen con generosidad (Dámaso Alonso, Alexandre y Gerardo Diego) pero, sobre todo, se siente vinculado a los poetas que se agrupan en torno al ICH: Rosales, Panero, Luis Felipe Vivanco, Eduardo Carranza y José Coronel Urtecho. Vive en un colegio mayor y el *Diario* se convierte en un necesario punto de anclaje. Una de las primeras entradas refiere su visita a Ortega en el sanatorio



Ruber, a pocos días de su muerte. En el ICH han recibido la miserable consigna de que cuando eso ocurra “no se anuncie su muerte a más de dos columnas”. ¡Qué mezquindad!, anota sin dar crédito. Souvirón se debate entre su amor a España, su firme y ortodoxo catolicismo (que le lleva incluso a aceptar los consejos del *Índice de libros prohibidos*) y el deseo de una renovación moral del país, al que ve abrumado por el arribismo y la maledicencia. “Pienso mucho en esta vida española en la que hay algo que cruje”. El recuerdo constante de los hijos, la difícil convivencia con Olivia, la soledad madrileña, los amigos, las lecturas, los intensos momentos de desánimo... “No sé a dónde mirar para sentirme seguro y fuerte”. Pero Souvirón no deja de intentarlo y su testimonio se hace irresistible.

Diario I

José María Souvirón

Edición de Javier La Beira y Daniel Ramos López. Centro Generación del 27, 2018. 460 páginas. Edición no venal